

Richard y Jaime Gil de Biedma

Louis Sanger

En 2004, nuestros padres nos llevaron a mi hermano y a mí a España. A pesar de mis pocos años, vi la admiración total — el amor— que sentía mi padre por este país. Sabía bien que él y Deborah, mi madre, habían vivido allí en los años ochenta enseñando inglés. Lo que no podía apreciar a esa edad era el papel fundamental que esos años jugaron en sus vidas, tanto profesionales como artísticas. Hicieron amigos y arte, escribieron y tradujeron. Empezaron a ser las personas que iban a ser el resto de sus vidas y establecieron conexiones que duran hasta hoy.

La primera de esas conexiones, y la que le dio a Richard la confianza de ir a España, fue Jaime Gil de Biedma. Yo veo en la correspondencia entre ellos —desde la primera carta hasta la última— la evolución de mi padre como hombre y como joven artista. En su carta del 31 de octubre de 1981, Richard escribe: «Debo decirle que la lectura y el estudio de sus poemas han influenciado mucho mis propias ideas sobre la poesía y, aunque no tengo todavía una visión tan “fatalista” de la poesía como usted, creo que esta influencia (y sus poemas) me acompañarán un buen tiempo ya». La poesía de Richard nunca tuvo, hasta la edición de sus últimos poemas días antes de morir, un tono fatalista. Pero como él mismo predijo a los 21 años, en su poesía sí se aprecia la influencia de Gil de Biedma: en la voz, en el lenguaje coloquial, en el sentimiento de nostalgia.

En esta correspondencia que mantuvieron durante 7 años, Gil de Biedma, en su atención y cuidado, en sus críticas y consejos, pero sobre todo en su ánimo, dejó huella en la poesía de Richard. Pero no solo discutieron de poesía. Habla-

ron de la vida: de amar, crecer, viajar, ganar dinero. Y en estas cartas también veo la influencia que tuvo Gil de Biedma sobre Richard como persona, en su calidez, en su franqueza y en su sentido del humor.

Amistad a lo largo de los años

Álvaro Salvador

Sólo a algunos elegidos por la fortuna les es permitido experimentar la concatenación de una serie de coincidencias azarosas con personas, con hechos, con circunstancias individuales y colectivas, sentimentales o intelectuales, que pueden transformar la trayectoria o la experiencia de una vida. Yo tuve esa suerte y ese privilegio.

A comienzos de los años ochenta, cuando nuestro país despegaba hacia la normalización y modernización de una sociedad secuestrada durante cuarenta años, es decir: cuando nuestra vida, la de los españoles de mi generación iba a experimentar un cambio radical, trascendente, mi peripecia personal y profesional también la experimentó. Y de ese cambio, fueron testigos de excepción Richard Sanger y Jaime Gil de Biedma.

No recuerdo bien si fue en la primavera de 1981 o en el otoño, cuando una mañana al llegar al Departamento de Literatura Española, la secretaria administrativa me informó de que un estudiante de la Facultad de Traducción o del Curso de Extranjeros, —no sabía muy bien—, me había estado buscando el día anterior. La secretaria le informó de que tenía clase por la tarde al día siguiente y el chico le indicó que vendría entonces. Efectivamente, cuando acabé mi clase y me dirigí hacia el despacho en la puerta me esperaba Richard Sanger. La verdad es que su aspecto me despistó un poco, porque por una parte no parecía un estudiante estadounidense —que era lo que esperaba—, pero por otra, a pesar de que su aspecto de *hippy* reconvertido en *punk* me resultaba muy atractivo y divertido, a esas alturas estaba escarmentado por cierto tipo de estudiantes «esencialistas» que amenazaban a menu-

do más con extravagancias intelectuales que con cualquier otra cosa. Por entonces, ya me había disfrazado de padre de familia y académico de vocación, incluso había ganado unos inesperados kilos de peso físico, pero no por eso dejé de experimentar el síndrome de Tadeo Isidoro Cruz durante mi conversación con Richard. Porque Richard venía a buscarme para asegurarme que ¡había escrito una tesina sobre Jaime Gil de Biedma en español! y me pedía que la leyera para ver si aquel trabajo podría desarrollarse y transformarse en una tesis doctoral. La sorpresa, aunque agradable, fue grande por mi parte, lo que yo esperaba es que me hablase de un trabajo sobre los Sex Pistols o la Velvet Underground. Me preguntó por Jaime, que había estado visitando Granada por primera vez en abril del año anterior, impartiendo una conferencia y un recital, me aseguró que lo conocía, que se carteaba con él y que intentaba traducir algunos de sus poemas al inglés.

A los pocos días, me prestó la tesina que leí inmediatamente con mucho interés y no me decepcionó, sino todo lo contrario. Era un trabajo muy maduro y muy inteligente y, sobre todo, era un trabajo en el que destacaba un acierto infrecuente entre los críticos que hasta ese momento se habían ocupado de la poesía de Gil de Biedma: Richard entendía «de qué hablaba» Jaime en su poesía y por qué razón lo hacía de esa manera. En esta misma correspondencia, podemos ver cómo el poeta barcelonés valoró este trabajo primerizo de Richard al comentárselo exhaustivamente en una larga carta.

A partir de ese primer día, los encuentros con Richard se multiplicaron muchas veces en los casi dos años siguientes en los que permaneció en Granada como lector de inglés. Compartiendo también amistad con Anthony Geist, a la sazón director de los cursos del Dartmouth College en Granada o con Miguel Hagerty, arabista estadounidense afincado en la ciudad. Como adelanté antes, esos años fueron también muy importantes para mi trayectoria como poeta y como académico. En el primero de los casos, fue la época en la que comenzó

mi colaboración con Javier Egea y Luis García Montero en la búsqueda de una ruptura en el panorama de las poéticas existentes en ese momento en España y que nosotros llamamos «otra sentimentalidad». En la elaboración de esa propuesta poética, así como en la construcción de nuestros propios textos, fue fundamental el contacto y el magisterio de Jaime Gil de Biedma. También su ejemplo. Y en la trayectoria de esa relación, al menos en mi caso y creo que en algún momento también en el de Luis García Montero, estaba Richard Sanger.

Durante el curso de nuestra explosión literaria, el 1982/1983, Richard regresó a Edimburgo, tras una estancia veraniega en Canadá, para acabar sus estudios de Máster en Español, proceso que se describe también minuciosamente en esta correspondencia, incluso con citas y alusiones al trabajo sobre Góngora con el que Richard consiguió la mayor calificación concedida en años en aquel Departamento: la Matrícula de Honor. En el modo en que le relata a Gil de Biedma la obtención de este galardón, podemos apreciar perfectamente un rasgo sobresaliente de su personalidad: no solamente modestia, sino la profunda comprensión del valor relativo de ciertos logros y ciertas vanidades. La primera carta de esta correspondencia, como podrán leer a continuación, Richard la dirige a Gil de Biedma desde la vendimia francesa. Los versos que a menudo cita del poeta angloamericano Wystang Hug Auden: «Vive por encima de tus medios/ viaja por el gusto de hacerlo/ sigue tu instinto», definen a la perfección lo que era su talante. Y, en cierto modo, también el de su corresponsal español.

Este último sí que visitó Granada en esos años; precisamente en una de las cartas relata cómo vino en el verano del 82 y me llamó por teléfono sin encontrarme en casa, porque en aquellos días yo debía encontrarme en Málaga, ocupado en finalizar los últimos capítulos de mi tesis doctoral. Pero recuerdo el verano del 83, al que también Gil de Biedma se refiere en la correspondencia, en el que viajó acompañado del

poeta catalán Àlex Susana y, tras visitarnos en Granada, nos acompañó a Luis García Montero y a mí a presentar la antología de la Otra Sentimentalidad en los Cursos de Verano de la Universidad de Granada en Baeza. Pero además de ese verano, recuerdo otro, que debió ser el del 84 o el del 85, en el que, tras su cura de desintoxicación en la clínica de Marbella, se pasó por Granada y sí que nos encontró. La alusión que hace Richard en la correspondencia al bar El Avellano de Paco Espínola, me trae recuerdos de varias noches muy calurosas en las que acabábamos en él con Javier Egea, Mariano Maresca y Luis García Montero. Y en diciembre de 1983, acompañado por Àlex Susanna, vino a dictar un seminario en el Aula de Poesía de la Universidad con el título de «El juego de hacer versos». Un mes antes, en noviembre, nos invitó al estreno de la obra de Marlowe dirigida por Lluís Pasqual, *La vida del rey Eduardo II de Inglaterra*, que había traducido con Juan Marsé y que se estrenaba en el teatro María Guerrero, el 25 de ese mes, enviándonos el libreto con el texto de la obra editado por el Centro Dramático Nacional. Yo no pude ir, ocupado precisamente en el estreno en Granada de una obra mía sobre Luis Cernuda de cuya muerte se cumplían veinte años.

Richard y Jaime se refieren en la correspondencia a un episodio que tuvo lugar ese año y del que yo fui responsable indirecto. Le hablé a Rafael Juárez de Richard y de su tesina sobre Jaime Gil de Biedma, y él me insistió para que se la dejase leer. En esa época, Rafael había colaborado en distintas publicaciones con Julio Juste y Pablo Sycet. Este último estaba poniendo en marcha una revista en Huelva, *Caja del Agua*, y le pidió a Juárez el poder publicar algún capítulo de la tesina. Él se puso en contacto conmigo y yo le facilité la dirección de Richard para que le pidiesen permiso a él. Me aseguraron que lo harían, pero como se puede deducir de la correspondencia, nunca lo hicieron y además se equivocaron con el apellido de Richard al firmar el artículo. Muchas veces bromeamos Richard y yo sobre su condición de «cantor».

Por esa época, ideamos proponerle a Lorenzo Saval un número monográfico de la revista *Litoral* dedicado a Jaime. Saval aceptó encantado con la idea y nos pusimos manos a la obra, pidiéndole a Gil de Biedma una lista de aquellos que deseaba colaborasen en la revista. Uno de los primeros nombres fue, por supuesto, el de Richard, a quien solicitamos un trabajo. Esta vez me encargué de hacerlo personalmente, aunque Luis también le escribió y todo se hizo con seriedad. Quien falló en este caso fue la revista que no publicó el número hasta ¡tres años más tarde! Y además lleno de erratas. De cualquier modo, el resultado fue mucho mejor y la revista supuso una importante palanca en el reconocimiento que en aquellos años se hizo a la poesía de Jaime Gil de Biedma. Richard quedó identificado como un especialista en la obra de Jaime a partir de esa publicación, porque además de los bisoños poetas granadinos, en aquel número colaboraron ilustres estudiosos y poetas como Pere Gimferrer, James Valender, Juan Ferraté, Juan Marsé, Juan Goytisolo, Francisco Rico, Dámaso Alonso, etc., etc.

Como he comentado al comenzar, estos años también fueron años de cambio para mí en lo relativo a la vida familiar y personal. En noviembre del 82 me separé de mi exmujer y de mi familia, y al año y medio de esta separación conocí a una persona que sería mi compañera durante los seis años y medio siguientes. Y aquí se produce otra de las concatenaciones azarosas a las que me refería al comienzo: la chica con la que continué mi vida, estudiante de Traducción e Interpretación, acababa de hacer una especie de ampliación de estudios el curso anterior en Edimburgo, y había conocido allí e intimado con Richard Sanger. Por su parte, Richard acababa de trasladarse a Sevilla como profesor del Instituto de Idiomas de la Universidad. Conectamos con él de inmediato y con su novia Debbie, que yo no conocía todavía, y los visitamos en Sevilla, aprovechando que tuvimos que viajar allí para obtener un visado en el consulado de Estados Unidos, a donde

íbamos a viajar en mayo con una invitación de la Universidad de Minnesota. En Sevilla en esos días, hicimos planes para viajar en el verano a Grecia.

Viajamos los cuatro en mi coche, desde Málaga hasta Corfú en primer lugar, después Atenas, las Islas Espóradas, disfrutando de unos días paradisíacos en Alónissos, y finalmente a Zakintos. A menudo se dice que un viaje es una prueba de garantía para comprobar hasta qué punto una relación o una amistad tienen futuro. Richard y yo consolidamos nuestra amistad en ese viaje, hablando de poesía y de literatura en general, durmiendo al raso muchas noches, bañándonos desnudos en las playas griegas, compartiendo momentos de complicidad y camaradería. Incluso improvisamos un homenaje privado a Jaime Gil de Biedma, buscando la calle Pandrossou en el barrio de Plaka y encomendándolo a ella, tal y cómo pide en su poema. Y aunque no era un lunes, pero sí día de agosto, también nosotros cuatro fuimos felices al comprobar que la calle «olía a cocina y cuero de zapatos». Conservo muchas fotografías de ese viaje, en algunas de las cuales se nos ve a los dos, echados sobre la arena de Zakintos, jóvenes y hermosos, como dos héroes de alguna novela inglesa de dudosa moralidad. En una carta posterior, comentando mi libro *El Agua de Noviembre*, me reprochaba Richard irónicamente «no encontrar un poema cavaiano sobre efebos neoyorkinos en la playa de Corfú». Tanto Richard como Debbie eran dos excelentes compañeros de viaje, porque eran dos viajeros vocacionales.

Dos viajeros inquietos, ya que al comienzo del curso siguiente los dos dejaron Sevilla y se trasladaron hasta Berlín. Pero antes, en la Navidad de 1984, Richard cumplió con uno de los ritos que venía practicando en los últimos años: pasar las fiestas en la Alpujarra. Y en esta ocasión, Ana y yo los acompañamos. Richard alquiló una casa en una pequeña pedanía, casi deshabitada, en Mecina Fondales. Allí pasamos la Navidad, durmiendo en unas habitaciones equipadas con

unas grandes chimeneas que dejábamos imprudentemente encendidas toda la noche para no morir de frío. De todos modos, fueron también unos días estupendos, en los que visitamos los lugares más recónditos de la comarca: Yegen, en homenaje a Brenan, Válor en homenaje a Abén Humeya, Mecina Bombarón, etc. En una carta de abril del año siguiente, me envió un poema que escribió en esos días y que también le envió a Jaime, *Expatriate*, que comienza: *From the ruined mosque, you can see the whole valley*. Así lo vimos, entre las ruinas de la antigua mezquita.

En las cartas y postales que tengo de él en esta época, los comentarios sobre Berlín, sus impresiones personales, las lecturas que está haciendo, coinciden en su totalidad con los comentarios que le hace a Jaime y con los libros que los tres leíamos en esos años: *El loro de Flaubert* de Julian Barnes, el *Penguin Book of Contemporary British Poetry*, Steiner, Sava-ter, Adelaida García Morales, Maruja Torres, Cebrián, Milan Kundera, etc. En concreto, este último me lo dio a conocer él a mí también, del mismo modo que a Jaime, regalándome un ejemplar de *El libro de la risa y el olvido*, que me gustó mucho excepto un cuento dedicado a criticar de un modo muy absurdo la costumbre del nudismo. Berlín le gustaba y, al mismo tiempo, no le gustaba nada. De todos modos, nos insistió mucho en que fuésemos a visitarlos, porque afirmaba que Berlín era entonces un centro cultural más poderoso incluso que Nueva York y, desde luego, el más influyente de Europa. En una postal en la que se reproduce uno de los edificios destruidos por las bombas de los aliados Richard nos increpa: «¿Qué pasa? ¿Amuermados en la Facultad? ¿O mucho alternar, mucho *jai-laiif*? ¿Cuándo vendréis?...»

Por su parte, Jaime cambia su tono irónico, alegre y ju-guetón, habitual y característico en él, por un tono sombrío, a partir de 1985. Es curioso que lo achaque al último septenio de la vida, dentro de los «ciclos climatéricos» atribuidos en general a las mujeres, aunque es cierto que la andropausia

de los hombres también se puede asimilar a estos ciclos. Lo que está claro es que Jaime presintió desde el principio que algo grave le estaba ocurriendo. De hecho, en diciembre de 1985 lo esperábamos en Granada para que participase en el encuentro sobre los poetas de la Generación del 50, pero no vino a causa de su salud. En carta de noviembre a Richard hace mención expresa a lo infernal que fue el verano del 85 y lo mal que se encontraba entonces: ya se había internado en la clínica del hospital Claude Bernal de París para tratarse los primeros síntomas de su enfermedad. Lo vi esos años un par de veces, lo visité en Ultramort y en 1988, en un homenaje a Eliot que organizó la Universidad de Granada, asistió junto con Stephen Spender, acompañado de Àlex Susana que había traducido para la ocasión al catalán los *Cuatro Cuartetos*. La verdad es que en aquella ocasión parecía estar bien. Comimos opíparamente en un buen restaurante de Granada, aprovechando que a mí me habían pagado unos atrasos, paseamos por la ciudad, sobre todo por el Albaicín, conversamos, tomamos copas en la noche granadina. Fue la última vez que lo vi y después comprendí que había venido a Granada a despedirse. Al año siguiente intenté visitarlo en Barcelona y no lo consintió. Propusimos su nombre para el premio Cervantes y conseguimos que Rafael Alberti firmara la propuesta. Luis García Montero conserva una carta estremecedora de julio de 1989 en la que Jaime nos agradece ese esfuerzo y en cuya letra se puede advertir la devastación física en la que ya se encontraba. No llegó a completar el noveno septenio.

En 1987 Richard regresó a Canadá, a Toronto, para cursar un doctorado en Literatura Comparada que acabó en 1993. Se casó con Debbie y se fue transformando poco a poco en el personaje que yo era cuando lo conocí: padre, profesor y poeta. Porque a partir de esos años se tomó muy en serio la poesía y comenzó a escribirla de modo profesional y apasionado, como él hacía todo. La distancia, a pesar de que yo estuve en el continente americano muchas veces, hizo que no

volviésemos a vernos, hasta muchos años después. Pero siempre mantuvimos el contacto, epistolar al principio y digital a partir del nuevo siglo. En 1996 me envió su magnífico *Shadow Cabinet*, que contenía un epígrafe, *Spanish Divan*, lleno de poemas nostálgicos y muy buenos sobre España. Hicimos entonces un pacto de sangre poético muy poco usual. Yo acababa de escribir un poema dedicado a mi padre, no sé si le envié alguna separata o él la obtuvo en Toronto — a veces me indicaba en sus cartas que se había topado con libros o folletos míos en alguna Biblioteca—, pero lo cierto es que le fascinó ese poema y me propuso traducirlo e incluirlo en su próximo libro como un poema propio. A mí me había gustado especialmente su *In the Bodega* y amplié la propuesta pidiéndole permiso para hacer lo mismo con este poema, que se publicó en mi libro *La canción del outsider* de 2008. «El Padre/ Father» apareció brillantemente versionado en su libro *Calling Home*, editado en 2002. No sólo traduje «En la bodega», sino otros varios, cuatro de los cuales aparecieron publicados en la revista *El Maquinista de la General*, editada por el Centro Cultural de la Generación del 27 en 2006. No obstante, en 2004 Richard y Debbie, acompañados de sus hijos pequeños viajaron de nuevo a España y pude reencontrarme con ellos aquí en Granada, recibirlos en mi casa y presentarles a mi nueva compañera. Cuatro años más tarde, en 2008, conseguí que el Festival Internacional de Poesía de Granada invitase a Richard, quien nos visitó una vez más acompañado por Debbie, gracias también a la financiación del viaje por su Universidad. Y una vez más nos reencontramos, recitamos sus poemas en público, conocieron el ambiente literario granadino de esos años y se reencontraron con el Albaicín y sus paisajes preferidos, también con personas queridas como Ana Ballester. Fue la última vez que lo vi. En mayo de 2016 nos cruzamos en Cuba, ellos salían de La Habana y Pepa Merlo y yo llegábamos, pero no nos vimos.

El 21 de noviembre de 2020 (¡el año funesto!) los amigos de Richard recibimos un email terrible que nos dejó anonadados e impotentes, porque Richard no se merecía esto, aunque desde el primer momento lo aceptó con un estoicismo admirable. Recordé un verso de un poema mío que siempre le había gustado y siempre me repetía: «que la muerte sorprende, pero no aclara nada». Richard y Jaime eran dos seres especiales, arcangélicos, y los dioses avaros y celosos nos los robaron antes de tiempo.

Acerca de la edición de este epistolario

Miguel Gallego Roca

La publicación de este epistolario fue una propuesta que me hizo el poseedor de las cartas —el poeta, crítico y profesor canadiense Richard Sanger— con el fin de valorar su posible edición por la Editorial Universidad de Almería. La razón por la que eligió esta editorial es tan sencilla como consecuen- te: la confianza, basada en nuestra amistad, con la que pensó que yo podría manejar esta magnífica colección de cartas es- critas, por cierto, en años decisivos para ambos interlocuto- res. Tras ponernos en contacto con Andreu Jaume, editor de la correspondencia de Gil de Biedma, y después de conseguir los derechos de publicación, nos pusimos manos a la obra a los dos lados del Atlántico para depurar el texto, aclarar pasa- jes confusos y corregir errores. En el proceso Richard enfer- mó, lo que no fue razón para que abandonara el proyecto en ningún momento. De hecho, recuerdo que, justo una semana antes de su fallecimiento el 12 de septiembre de 2022, habla- mos sobre una palabra que no lograba descifrar en la caligra- fía de Gil de Biedma. *Congratulations, Sherlock!*, así comen- zaba su mensaje cuando logré dar con la tecla lingüística. El impacto por la muerte de Richard, añadido a diversas obliga- ciones personales, retrasó la publicación más de lo deseable. También es cierto que el proceso se ha dilatado en el tiempo ya que he pretendido que este volumen quedara lo más digno, completo y bonito posible. Espero haberlo conseguido, como homenaje a Richard y en señal de agradecimiento por su ge- nerosidad al ponerlo en mis manos. Por eso no hemos aho- rrado —hablo en primera persona del plural porque se po- dría decir que hemos sido un equipo— correcciones, lecturas y relecturas, posibilidades de edición, etc. En todo momento

hemos agradecido cualquier consejo a la hora de dar por bueno su texto final y los paratextos que lo acompañan.

Son cincuenta cartas, treinta de Gil de Biedma y veinte de Sanger, fechadas entre septiembre de 1981 y abril de 1987. Después de leerlas por primera vez sentí un doble placer: el de su lectura y el de poder publicar un conjunto de cartas tan divertidas, tan plenas de fresca pedantería, tan vitales y, por supuesto, tan elegantes e inteligentes. Según me comentó Richard deben existir más cartas, sobre todo firmadas por él, en el archivo de Gil de Biedma, pero, tras diversas y reiteradas gestiones, no nos fue posible localizarlas. Es posible que en un futuro puedan incorporarse a este conjunto, así como también sería pertinente incorporar las intercambiadas con Sanger al epistolario general de Gil de Biedma.

Sobre Gil de Biedma, sobre su vida y obra, está casi todo dicho. Ahí están su *Correspondencia* y sus *Diarios* en exquisitas ediciones de Andreu Jaume (*El argumento de la obra. Correspondencia*, Lumen, 2010; *Diarios 1956-1985*, Lumen, 2015), así como el espléndido volumen de sus obras en edición de Nicanor Vélez y con introducción de James Valender (*Obras. Poesía y prosa*, Galaxia Gutenberg, 2010) y, claro, la voluminosa y exhaustiva biografía de Miguel Dalmau (*Jaime Gil de Biedma: retrato de un poeta*, Circe, 2004).

Richard Sanger nació en Manchester, Reino Unido, en 1960 y pasó parte de su infancia y primera juventud entre Kenia, EE.UU. y Canadá, infancia y adolescencia nómada fruto de los distintos destinos que, como periodistas, fueron teniendo sus padres. En un reciente artículo Richard descubrió en los cuadernos de su padre, escritos con tipografía Pitman de periodista, el encuentro con los Beatles durante su primera gira en EE. UU. («Solving the Mystery of My Father's Journalistic Shorthand and Discovering... The Beatles?», *Literary Hub*, 28 de junio de 2021). A los diecisiete años se trasladó a Londres debido a un contrato por dos años de su padre. En la Universidad de Edimburgo, donde siguió sus estudios, se gra-

duó en Filología Hispánica y Filosofía. Después de la universidad pasó cuatro años en diversos lugares de España y otros dos años en Berlín, desempeñando trabajos diversos, fundamentalmente como profesor de inglés. En 1987, el mismo año en el que termina esta correspondencia, volvió a Canadá y fue en Toronto, donde vivía con su mujer y sus dos hijos, donde permaneció hasta ese fatídico septiembre de 2022.

Para Sanger la iniciación en la poesía está ligada a los años en que vivió en Europa, especialmente en España y singularmente en Andalucía. Publicó cuatro libros de poemas: *Shadow Cabinet* (1996), *Calling Home* (2002), *Dark Woods* (2018, considerado uno de los mejores libros de poesía de ese año por *The New York Times*), y el póstumo *Way to go* (2023), una lúcida, ligera e irreverente, a la vez que emocionante —alguna lágrima me visitó durante su lectura—, despedida de la vida. También escribió algunas piezas para el teatro, entre ellas *Not Spain* (1998), que a pesar de su título no trata de España, y *Two Words for Snow* (2005), un drama histórico ambientado en el Polo Norte. También tradujo poemas de Lope de Vega, García Lorca y Gil de Biedma, y publicó diversos trabajos tanto de crítica literaria como de investigación académica sobre, entre otros, Góngora, García Lorca, Borges o el propio Jaime Gil de Biedma.

A partir del momento en que Richard Sanger entra en contacto con Gil de Biedma para plantearle sus dudas sobre el sentido de algunos versos, con vistas a unas traducciones que se publicarán en la revista *London Magazine* en 1982—aquí se reproducen en los anexos—, se inaugura la relación entre los dos, primero tratándose de usted y pronto tuteándose. Enseñada Sanger le envía la tesina sobre la obra poética de Gil de Biedma con la que se ha graduado en la Universidad de Edimburgo, que al poeta le impresiona por lo acertado de sus interpretaciones y por el estilo crítico. Richard me planteó la conveniencia o no de eliminar pasajes en que ambos comentan la tesina. Sin embargo, me parece que son comentarios precisos

y preciosos, ejemplos de una manera de leer nada complaciente que hubiera sido una lástima escamotear al lector. Traducciones y tesina son la primera escena, el primer movimiento, de un espacio de conversación epistolar que, aun abarcando muy diversos temas —literatura, crítica, política, viajes, dinero, trabajo, costumbres, palabras, salud, etc.— tiene un claro centro de gravedad: las interpretaciones y las posibles versiones en inglés de los versos de Gil de Biedma.

Sanger remite sus cartas desde distintos puntos de Europa y Canadá: L'Honor de Cos —localidad al norte de Toulouse en donde se encuentra vendimiando—, el Albaicín —para Sanger una especie de república del saber vivir—, Edimburgo —en cuya universidad está terminando sus estudios universitarios—, Ottawa—destino de su regreso a Canadá, al terminar sus estudios, para plantearse posibilidades laborales—, Berlín —donde vive un par de años mezclándose con los ambientes bohemios y bastante *artsy* de la ciudad, junto a su futura mujer, la entonces actriz y hoy profesora, Deborah Lambie, Debbie en las cartas —, o Sevilla— donde consiguió un puesto como profesor de inglés. Todos esos lugares son pretexto para comentar lecturas, constatar intereses semejantes, identificar gustos personales y, sobre todo, establecer conexiones con amigos comunes. Así sucede con José Enrique López Medrano, el *amour fou* sevillano de Gil de Biedma a partir de su visita a aquella ciudad en noviembre de 1976, que luego se hará amigo de Sanger en sus días allí como profesor de inglés. El remite de Sanger en la capital andaluza lo sitúa en la calle Jesús del Gran Poder, «¡apenas puedo imaginar unas señas más sevillanas!», exclama Gil de Biedma.

Por su parte Gil de Biedma, además, es un prolífico escritor de cartas que, en ocasiones, también escribe en otros idiomas incluso a sus corresponsales españoles. La escritura es un medio que le sirve para aclararse, para explicarse mejor, así se lo dice a Sanger después de un encuentro en Sevilla: «Las ideas un poco demasiado obvias, no sé por qué, re-

sultan difíciles de formular simplemente y se aclaran mejor por escrito».

Algunos personajes, poetas en su mayoría, también son asiduos de esta correspondencia: Góngora —Sanger está preparando un artículo sobre el *Polifemo*—, Baudelaire, Mallarmé, Antonio Machado o Jorge Guillén. El grupo más homogéneo está constituido por los poetas de lengua inglesa: Eliot, Auden, Spender, Wallace Stevens o Ashbery. Hay apariciones esporádicas y sorprendentes de otros personajes como Jorge Manrique, John Donne o Mira de Amescua. Tampoco falta alguna que otra canción o *nursery rhyme*. Junto a todos ellos la presencia tutelar de críticos literarios como Steiner —al que el propio Sanger, según relata en una carta, saluda en Edimburgo, trayendo a colación algún recuerdo familiar—, Dámaso Alonso, Juan Ferraté o Harold Bloom. Gil de Biedma, por cierto, reivindica un estilo de crítica más personal y creativa, modalidad que echa en falta en los ambientes españoles y que, a su juicio, es mucho más común en la tradición crítica anglosajona.

En Gil de Biedma Sanger encuentra un modelo artístico e intelectual. En Sanger Gil de Biedma encuentra el tipo de amigo con el que podía practicar uno de sus vicios más acusados: el vicio de la literatura conversada —así lo define Andreu Jaume en el prólogo a la edición de su correspondencia— que compartió con amigos como Carlos Barral, Gabriel Ferrater o Ángel González. Además, Sanger es el ideal lector internacional, que más allá de cierto esnobismo, Gil de Biedma siempre ha soñado. Alguien con el que puede compartir, en un escenario cosmopolita, sus lecturas y sus proyectos. Sus comentarios sobre la traducción de una versión brechtiana de Marlow, el proyecto de traducir y publicar las cartas italianas de Byron, la adaptación para televisión de una novela de José María de Sagarra, o su prólogo a la traducción al catalán de los *Quatre quartets* por Àlex Susanna están presentes en estas cartas. Y junto a los proyectos, las lecturas: *Lolita*, *Euge-*

ne Oneguín, El amor en los tiempos del cólera, o ese creciente interés por la novelística de Henry James que lo acompañará hasta sus últimos días. En marzo de 1985, al hilo de su lectura de *The Aspern Papers*, afirma «Me gustaría ocupar los años de la jubilación leyendo narrativa del XIX —es como pasar una temporada fuera de casa invitado en una mansión grande, bien atendida y llena de gente interesante».

Más allá de compartir con Sanger conversación literaria, Gil le pone al día, siempre con discreción e ironía, de aspectos de su vida personal: las curas en la clínica Buchinger de Marbella, las relaciones familiares, sus estados de ánimo o algunos de los temores que la edad le va despertando. Resulta interesante apreciar cómo dentro la crítica textual, al hilo de comentarios sobre posibles traducciones e interpretaciones de sus versos, el poeta desliza pistas de su biografía o de eso que, desde hace casi dos siglos, llamamos «educación sentimental». A partir de cierto momento empezamos a entrever que algo inquietante empieza a suceder en la vida de Gil de Biedma: el poeta está a menudo *depassé par les evenements*, relata el ataque de un ladrón en la puerta de su casa y en el otoño de 1985 alude al «peor verano de su vida». Gil de Biedma empezaba a tener los primeros síntomas de la enfermedad con la que empezaba un lento y doloroso deterioro.

Los dos comparten un mismo carácter hedonista en su gusto por las bebidas, los manjares y las bellezas del mundo civil. En cierto momento Sanger, en alguno de sus envíos de libros, le pide un pago en especie: «Preferiría que me reembolses *in kind*, es decir, con otros libros [...] o —lo que sí me gustaría— ¡algunos puros finos de Filipinas!».

Un documento de indudable valor es la cassette que Gil de Biedma envía a Sanger con la grabación de la lectura de una selección de sus poemas. En los anexos podemos encontrarla junto a unos vínculos a los archivos digitales sonoros de las mismas. Para Sanger la lectura de los poemas en la voz

del autor será un instrumento de enorme valor tanto para la comprensión como para trabajar en las traducciones.

Casi toda la trama del epistolario está atravesada por el lento proceso de elaboración del número de la revista *Litoral* dedicado a Gil de Biedma, coordinado por Álvaro Salvador, Luis García Montero y Antonio Jiménez Millán, en el que, gracias a la sugerencia del propio Gil, participa Richard Sanger.

Los años en los que estas cartas fueron escritas (1981-1987) son de una gran efervescencia histórica y cultural en Europa, y particularmente en España. Es el periodo justo posterior al intento de golpe de Estado del 23F, la primera victoria del PSOE en unas elecciones generales, la segunda legislatura de Thatcher en el Reino Unido (junio de 1983) o el accidente nuclear de Chernóbil (abril de 1986). Estos dos últimos episodios Sanger los vive de cerca en Edimburgo y Berlín. Pero si hay algo decisivo en la formación del joven Sanger es su experiencia española, sea en Granada o más tarde en Sevilla, del nacimiento de la España democrática, un país contradictorio y divertido con el que inmediatamente se siente identificado: *Spain, Granada especially, is very much my cup of tea.*

Es rara la carta en la que los dos correspondientes no salpican sus escritos con palabras y expresiones en otros idiomas, costumbre habitual en Gil de Biedma como podemos comprobar en sus *Diarios* y en su correspondencia. Los dos disfrutan de la sensualidad de las palabras, juegan con ellas y en ellas encuentran explicaciones para todo. La curiosidad lingüística es inagotable tanto en el autor como en su traductor: qué es un «niño gótico», la necesidad del verbo «sagar» en español, cuál es el sentido exacto de «pelmazo», qué es ser *un puta* en catalán. Gil de Biedma le escribe en inglés una de sus primeras cartas, a la que Sanger responde de nuevo en español justificando su necesidad de ejercitarse en el idioma y encontrarse a sí mismo en otra lengua. Por su parte Sanger escribe en inglés una de las últimas de este epistolario, seguramente acuciado por las obligaciones o por la complejidad

de lo que en ella trata de contarle a Gil. Ambos coinciden en la oportunidad que ofrece otra lengua para expresar a otra luz, con otra atmósfera, los sentimientos y la intimidad.

Que Gil de Biedma considerara a Sanger uno de sus lectores más certeros a la hora de interpretar su poesía no solo se debe a la especial querencia que el poeta podía tener por la tradición crítica anglosajona. Gracias a estas cartas podemos constatar que lo consideraba un joven compañero de viaje en el mar de la literatura. La carta que remitió a Dionisio Cañas, alarmado ante la posible lectura en clave homoerótica con la que este pretendía enmarcar una antología de su obra, no deja lugar a dudas: «Resulta curioso que dos excelentes críticos y concedores de mi poesía, que están por completo en las afueras del mundillo literario español —Tomás Segovia y Richard Sanger— no cayeron en mi homosexualidad hasta conocerme personalmente y decírselo yo». El homoerotismo literario sobrevuela el epistolario cuando comentan el libro de Crompton sobre la homosexualidad de Lord Byron o un artículo sobre la misteriosa dedicatoria de los *Sonetos* de Shakespeare.

Además, Gil de Biedma encuentra en Sanger un espejo de sus inquietudes de juventud. Impagable es la carta en la que Gil de Biedma comenta los posibles trabajos en instituciones educativas o de representación y cooperación internacional cuando Sanger comparte con él las inquietudes sobre su futuro. Gil de Biedma no logró entrar en la carrera diplomática tras suspender el ejercicio de redacción en el que debía hablar de la ciudad que, como aspirante a embajador, encarnaba sus ideales: eligió la *boutade* de cantar las excelencias de Arévalo, provincia de Ávila. El *dropout* de la Escuela diplomática le comenta a su amigo canadiense: «[...] *Civil & diplomatic service*. El índice de fantasmalidad de la vida ya es aquí elevadísimo; pocas personas tienen una complejión moral que les permita resistirlo. *International Agencies bureaucracy*. (UNESCO, ONF, Alianza para el Progreso, Agencias de ayu-

da al desarrollo de países del Tercer Mundo, etc., etc.). El mal absoluto, la peste negra del alma».

Cuando Sanger enfermó nos envió un correo muy difícil de digerir, pero su vitalismo y sentido del humor redimía de cualquier tentación de dramatismo. Hablaba de cosas que quedaban por hacer: *There is, of course, an epic Bildungsroman. I need to go downstairs and finish plus another opus or two.... No excuses now. [...] But I really hope we'll be able to walk, talk, hike, joke, ski, skate, maybe even cook and drink together in the next months... All the really fun verbs have 'k' in them!* («Queda, por supuesto, un *Bildungsroman* épico. Necesito ponerme manos a la obra y terminar dos o tres libros... Ya no me quedan excusas [...] Pero lo que realmente espero es que podamos caminar, hablar, hacer excursiones, bromear, esquiar, patinar, e incluso cocinar y beber en los próximos meses... ¡Todos los verbos divertidos contienen la 'k'!»; difícil traducir este juego lingüístico de los verbos con «k», quien tenga nociones básicas de inglés lo entenderá). Nos mantenía al día con una especie de diario cuyas actualizaciones, eruditas e irónicas, recibíamos tras cada nueva sesión de quimio. En una de ellas recordaba nuestro último encuentro en La Habana —el texto completo sobre La Habana titulado «Beautiful Ruin» está publicado en la revista *Canadian Notes & Queries* n° 108, otoño-invierno 2020-2021—: *As we're negotiating prices with the various drivers outside the Hotel Inglaterra, Debbie feels a tap on her arm. She instinctively brushes the hand away, assuming it's another hustler/taxi driver, but it turns out to be an old friend of ours from Spain, Miguel Gallego Roca, who's in town to give a talk on Alejo Carpentier. We laugh and hug and share impressions of Havana, which seems no less crazy and foreign to Miguel than it does to us* («Cuando estábamos negociando precios con varios taxistas en la puerta del Hotel Inglaterra, Debbie sintió un toque en su brazo. Instintivamente apartó la mano que le tocaba pensando que era otro taxista, pero resultó ser nuestro amigo español Miguel

Gallego Roca, que estaba en la ciudad para dar una charla sobre Alejo Carpentier. Reímos, nos abrazamos e intercambiamos impresiones de La Habana, que parecía tan enloquecida y extraña a Miguel como a nosotros»).

Nos quedaron por hacer algunas cosas: dedicar una noche a nuestras lecturas de Milan Kundera, autor que descubre durante el tiempo que se cartea con Gil de Biedma y que yo empezaba a conocer entonces —luego se convertiría en uno de mis tótems literarios—; también debí visitar su casa en esa isla canadiense, o atravesar el lago Ontario en kayak; y, claro, pasear con él por el Cabo de Gata, el lugar perfecto para ambientar el poema *Desembarco en Citerea* del autor de *Poemas póstumos*.

En fin, la publicación de este libro rescata la amistad entre dos poetas y críticos de rara sensibilidad y agudísima inteligencia. Estas cartas podrían definirse, y creo que no exagero, como un verdadero *ars conversationis* entre un joven poeta, también crítico y traductor, y su maestro. Un maestro que, en ocasiones, se despide en sus cartas como el «hermano mayor» del joven poeta canadiense.